

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR EN EL TEMPLO

Monasterio de La Anunciada, 2 de Febrero de 2019

Conservamos siete sermones de san Lorenzo de Brindis referidos a esta fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo de Jerusalén y a la Purificación de Nuestra Señora. En dichos sermones, san Lorenzo se fija en la Virgen María, madre de Dios y madre nuestra que lleva su Hijo al Templo y lo ofrece a Dios Padre como ofrenda agradable. El santo capuchino destaca que esta ofrenda de la Virgen es más agradable que la ofrenda de Abel, la que ofreció Noé después del diluvio, Abraham al querer sacrificar a su hijo porque Dios se lo pedía, los israelitas después de salir de Egipto, o la de Salomón en la dedicación del Templo. Esta ofrenda es más agradable a Dios por razón del don que se ofrece que es su Hijo amado, por razón de la oferente que es la llena de gracia, y por razón de quien la recibe la ofrenda que es el Espíritu Santo presente en los pobres del Señor, representados en Simeón y Ana.

En este Año diocesano de la Santidad que estamos celebrando en toda la diócesis, esta Jornada de la Vida consagrada hemos querido que tuviera un subrayado especial. Este el motivo de celebrarla tan solemnemente en esta lugar donde veneramos la reliquias de este santo consagrado a Dios en la familia franciscana. La santidad de María expresada en este gesto de la purificación y presentación de Jesús nos ha de servir a todos de ejemplo para amar sólo a Dios. La vida de San Lorenzo, religioso capuchino, nos demuestra que quien ama a Dios y se consagra a Él de todo corazón obtiene la promesa de participar en su Reino tal como nos promete el Señor en las Bienaventuranzas.

Dice san Lorenzo en el sexto sermón sobre esta fiesta que “La santidad de la Virgen se forjó en la observancia diligente de la leyes divinas. Tal fue la regla rectísima y justísima que ella se propuso para todos sus actos” Y añade “Resplandece también la caridad de María porque ella ofrecía como Abraham a su único Hijo. Y lo ofreció en el Templo, el lugar del sacrificio que prefiguraba la pasión y muerte de Cristo. Así se muestra en este hecho la suma caridad de la Virgen para con Dios, junto con los profundos sentimientos de gratitud. Ella como llena de gracia amó a Dios más que cualquier otra criatura, con todo su corazón, con toda su alma con todas sus fuerzas. Querida y amada por Dios sobre toda medida, correspondió igualmente a su amor”. Y concluye diciendo: “Tanto amó Dios a la Virgen que le dio a su Hijo unigénito, pero ella hoy se lo devolvió correspondiendo del modo más perfecto posible al amor divino” (San Lorenzo de Brindis, Marial, BAC. Madrid. 2004. p. 596-597)

Con estas hermosas consideraciones tenemos materia suficiente para meditar en el día de hoy y en días sucesivos sobre la llamada a la santidad que consiste en la unión con Dios. La unión con Dios y el cumplimiento de la ley del Señor se implican mutuamente. Jesús lo manifiesta claramente a sus discípulos en el evangelio de San Juan cuando afirma: “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (Jn 14, 15). “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15, 10).

La vida consagrada como la vida sacerdotal tiene pleno sentido si cada día nuestro deseo es unirnos cada día más plenamente a Dios por la meditación de su Palabra, la recepción de su gracia en los sacramentos y la práctica del amor fraterno. El día que hemos hecho nuestra consagración al Señor le hemos dicho que dispusiera de todo lo que somos y de todo lo que tenemos. Nuestra voluntad era la de no reservarnos ni un pequeño rincón de nuestra vida para nosotros. Todo se lo hemos entregado como María. Esto es lo que hemos dicho. Ahora bien, ¿corresponde lo que hemos dicho con lo que realmente queremos hacer o estamos haciendo? No podemos caer en el nominalismo, es decir, en decir cosas bonitas a Dios; pero no poner los medios para realizarlas en nuestra vida. No se entiende, pues, que deseemos unirnos al Señor y participar de su misma pasión, muerte y resurrección y buscar una vida fácil, sin complicaciones, evitando las circunstancias adversas sobre todo aquellas que nos sobrepasan o aquellas más sencillas que a diario nos molestan, como son las que surgen en la vida de comunitaria.

El sacramento del bautismo nos ha unido para siempre al Señor, somos sus hijos en Cristo, su Hijo amado. Esta unión no se puede separar del cumplimiento de la Ley suprema del Señor que es el mandamiento del amor. Sobre estos dos ejes gira permanentemente la vida de un cristiano y con mayor razón la de un religioso o religiosa de vida contemplativa o de vida activa. Por eso debemos extremar la vigilancia para que nuestros enemigos del alma no nos aparten del amor de Cristo o nos impidan cumplir su voluntad.

En el evangelio de hoy encontramos a la Virgen María, la llena de gracia a quien Dios quiso de un modo especial, porque tan unida estuvo a Él que dispuso su propio vientre para concebir al Hijo de Dios. Ella cumplió escrupulosamente la Ley divina no por miedo a un castigo, sino por amor a Dios Padre. Junto a María, encontramos también a Ana, a quien el evangelista San Lucas identifica con abundantes datos: *“Hija de Fanuel de la tribu de Aser. Dice además que era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada y llevaba ochenta y cuatro viuda: no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios día y noche. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel”* (Luc 2, 36-39) Podríamos decir que la profetisa Ana es como “una santa del Antiguo Testamento” que sin conocer la revelación y la salvación del Hijo de Dios, lo esperaba y tenía sus ojos puesto en Él. El Papa Francisco la llamaría “Santa de la puerta de al lado”. Su vida se resume en estas palabras: “servía a Dios día y noche”. En su vida se cumple la verdadera y auténtica consagración a Dios: servirle en todo y sobre todo. Pero no le servía en cualquier sitio. Lo hacía en el Templo, la morada de Dios entre los hombres. Dios moraba en su corazón y ella moraba en el corazón de Dios representado en el Templo de Jerusalén.

Tomemos nota de esta actitud y seamos conscientes que el Señor es fiel y mora en nosotros a pesar de nuestros pecados e infidelidades. Dios nos quiere tanto como a la Virgen y por eso nos entregó por medio de ella a su Hijo para mostrarnos su amor y redimirnos del pecado y de la muerte. El mundo actual, tan disperso, tan pragmático, tan débil en su pensamiento, en sus estructuras sociales y políticas, necesita personas consagradas a una sólo cosa: a amar. El

Señor nos ha elegido para esto: para amarle a Él sobre todas las cosas y al prójimo como Él mismo lo ama. Hagamos todo lo posible para que el mundo vea que nuestras acciones, pensamientos y deseos se encaminen siempre a unirnos cada día más con Dios, a conocer su amor y misericordia y a reflejarlo en nuestra vida con todas aquellas personas con las que nos relacionemos. Este es el verdadero sacrificio que Dios quiere, el que realmente le agrada: que le amemos y que nos amemos.

† Juan Antonio, obispo de Astorga